

EL REY NUNCA VA DESNUDO¹

Gilbert Durand

Siendo la política una cosa “seria” ¿puede tener una cierta relación —peligrosa— con la imaginación, habiendo permanecido esta última, durante mucho, como “la loca de la casa”?

Se está todavía a tiempo para hacerse tal pregunta a la salida de un siglo que ha visto desarrollarse al Surrealismo, la obra de Freud, de Adler, de Baudouin o de Jung, en fin, la obra de todos los “psicoanálisis”, así como la obra de la etnología o de la historia de las religiones con Griaule, Servier, Lévi-Strauss, Eliade, Dumezil, Corbin, entre centenas de otros; sin contar las sociologías de lo político que rehabilitaron el “tipo ideal” o el mito, tales como Max Weber, Simmel, Sorel y —¡porqué no!— Alfred Rosenberg. Sin olvidar a las fisuras que inhabilitaron ante nuestros ojos lo “serio” de lo político, tales como “política ficción” o “política espectáculo”. Civilización de la imagen se dice pero que ¡querría tanto que lo esencial escapara de la imagen! Esta crispación de “serio” que hereda toda

¹ El original en francés *Le Roi n'est jamais nu* fue publicado en el número 2 de la revista *Cahiers de l'imaginaire. L'imaginaire du politique*, Toulouse, Francia, Ed. Privat, 1988.

contrición política, conservada piadosamente en los altos lugares de culto como son la E.N.A. y los “Institutos de Ciencias (*¡sic!*) Políticas”, es de entrada sospechosa en la penetrante mirada del mitoanalista, así sea psicólogo, sociólogo o etnólogo.

Dicha crispación siente su rechazo en plena nariz. Entonces, es necesario en un tal análisis desmitificador ¡no equivocarse de reprimido! Gritar “el Rey va desnudo” no desmitifica de ningún modo la política. Los casi cuarenta volúmenes rencorosos de Louis de Rouvroy duque de Saint Simon, prototipo de talento paciente de tantas revelaciones de alcobas o de cuentas bancarias, no seducen más que a los *valets* o a los conserjes y no llegan jamás a desnudar a ese “siglo de Luis XIV” —ese Gran Siglo tan admirado, a veces tan admirable—, de toda aquella teatralidad, de aquella pompa constante que el genial primer bailarín de los ballets de Lully sabía hacer de las investiduras monacales obligadas de lo Político. Este rey que, más que cualquier otro, no estuvo “jamás desnudo” inclusive en su Pequeño Lavatorio... ¿Qué importa entonces la Purga delicada de fistula anal frente al esplendor de Versalles? ¿Qué importa la nariz de Cleopatra o la fiebre que se llevará a Alejandro ante los cuales sólo se detiene ese torpe de Pascal? Y cuando un Bossuet quiere acompañar la desaparición de uno de los grandes de este mundo por medio de meditaciones sobre la renun-ciación última, es todavía adornándose en un lenguaje espléndido que evoca el tránsito hacia la tumba. Es que la muerte misma no llega a despojar al Soberano de las imágenes de la Soberanía: el Sultán marroquí quiso regresar a los Portugueses los restos mortales de Dom Sebastián y aquellos no creyeron jamás en la autenticidad de éstos: el verdadero rey permaneció inmortal y “escondido” —*encoberto*—, como fermento de todas las Restauraciones futuras... Lo “reprimido” de lo político no se reduce sobre todo al pequeño destrampe de la libido y a sus calaveradas.

Lo que reprime lo “serio” —agravado por un Tercer Estado positivista y sombrío— de la actitud política es la vacuidad auroral, la ausencia total de objetificación³ posible de lo “político”. La noción tan pretenciosa y fre-

³ *Objectification* en el original. No corresponde en estricto sentido al término filosófico

cuentemente esgrimida de *"realpolitik"* no es más que un dominó negrísimo con el cual se cubre la irrealidad fundamental de lo político. La "polis" en todas sus escalas, de la humilde municipalidad pueblerina hasta el Imperio es siempre utopía absoluta. Lamentamos aquí que el bello libro de Roger Mucchielli *"Le Mythe de la Cité idéale"* (P.U.F., 1960) sea tan raro de encontrar. La razón primera de esta utopía, es que toda ciudad, incluso aquella de muy modestas dimensiones, no se delimita jamás de una sola mirada realista. Escapa a las ojeadas rápidas que quisieran abarcarla, salvo, tal vez, al objetivo portador de muerte de un robot satelital. Una ciudad, porque se descubre progresivamente, se recorre libremente, se "deriva" —nuestros jóvenes colegas Alain Pessin y Henry Torgue lo han mostrado bien y lo han experimentado (*"Villes imaginaires"*, Ed. Champ Urbain, 1980)— se sueña primordialmente. Los problemas "serios" de servicios, de circulación, de alcantarillado no llegan sino después. ¡Cuándo llegan! Y cuando éstos llegan de aguafiestas es casi siempre para frustrar el impulso del sueño fundador. Es entonces que se recupera en Centro Cultural y Palacio de las Ciencias, la utopía extravagante de un gigantesco matadero en el corazón de París. A menos que fuera a la inversa, también plausible, si el hambre de *bifeck* se hiciera sentir sobre el escenario de Beaubourg.

Cuando digo que lo político reposa y reprime sobre/y un inconsciente sin "objeto" no es de ningún modo para hacer una amarga constatación de nihilismo. No existe nunca reino, ni ciudad, ni jamás revolución "del nihilismo", contrariamente a lo que afirma el célebre título de Rauschnig. El vacío de "realidades" mensurables que constituyen lo político destaca en verdad "hoyos" arquetípicos donde se precipitan la totalidad de los sueños. Y primero los sueños de confort, de cocaña, de seguridad (sea ésta social), de "Madre patria" —sueño caro a Otto Rank. Versalles —e incluso el pequeño Trianón—, el Palatino, Fatipur Sikri son la concretización de tales sueños. Y también San Pedro de Roma, el Vaticano y sus "cáma-

de objetivación. Sin embargo, en cuanto trata de los posibles objetos constitutivos de lo político, el neologismo puede estar emparentado con la acepción didáctica que hace intervenir las posibles representaciones que construyen los sujetos a partir del mundo objetivo. *N. del T.*

ras”. Nada está más cerca de esta represión todopoderosa de lo político que los vértigos apofáticos de nuestras religiones.

Contrariamente a lo que preconiza el Evangelio, se “da” en el mismo movimiento del alma a César y a Dios. César es no obstante más fácil de encontrar que Dios. Es lo que ha tenido valor tanto de Polieucto al primer cristianismo. El Papa mismo ¿no es monarca —¿desde la donación de Pipino el Breve!— de la infalibilidad absoluta, ceñido de la tiara de triple corona? La ambición, la famosa ambición que es el resorte pasional de todo político, está hecha de las mismas medidas de exclusión, de los mismos fanatismos que la más ardiente de las místicas. No son eufemismos ideológicos los que mantienen el alma del político sino ensoñaciones ardientes, arranques de fé.

Así se explica la oposición irreductible del sacerdocio y del Imperio desde la conversión de Constantino. Poder secular y autoridad espiritual tienen la misma investidura, la misma unción sacramental. El Emperador también porta el título de “*Pontifex optimus maximus*”. Y ni el acto de grandeza, ni el acto de bondad se comparten. Es posible leer esta sacralización la víspera del triunfo electoral sobre el rostro transfigurado de los elegidos.

Hay entonces incluso colectivos “Estados de gracia”. Aquel pequeño trepador pretencioso y arribista que se había mostrado por medio de golpes bajos y de chismes mezquinos durante la campaña electoral, de repente se aureola de una gravedad, de una solemnidad real. Incluso su voz cambia con su nuevo oficio.

Es que en política la carga imaginaria que aligera la función sobrepasa con mucho al personaje humano, demasiado humano que la soporta. Ahí está aquel obispo de “El Anillo de Amatista” que nos describe graciosamente Anatole France y cuya transformación milagrosa coincidió con la toma de su investidura.

Y en el mismo momento en que se creen borradas para siempre las liturgias obscurantistas gracias a las “Luces” de la Revolución, se ve súbitamente retoñar la más bella de las Ceremonias de lo Sacro en la pompa napoleónica o en la procesión al triunfo de un Presidente yendo a depositar tres rosas sobre la tumba del Panteón. Sin contar la ascensión anual y

y ritual de la roca de Solutré.³ El rey nunca va desnudo, revestido como está por la función misma de la púrpura de lo sagrado o, más modestamente, de la banda tricolor y municipal. Discordantes son los reyes que descuidan el aparato indumentario y reinan en cuello de camisa y en *jean*. Habría que distinguir bien con Bonaparte cuando decentemente porta el uniforme de Sargento de a pie o el amplio manto forrado de armiño diseñado por Louis David...

Y esto nos queda a propósito para observar una segunda marca de fidelidad de lo político en la imagen: no solamente el rey nunca va desnudo, sino que incluso todavía debe poseer todo un guardarropa de ocasión. Tal como el Wotan imaginado por Chéreau y vestido por Jacques Schmidt. El acceso al poder hace olvidar a cada elegido a los monocéfalos (¡como diría Patrick Tacussel!) seguidores. La “transparencia” es aquí una fábula tenaz. En realidad el político es siempre opaco porque posee un espesor. Me gusta citar a menudo esa frase magnífica del delgado general corso convertido en Primer Cónsul: “yo asumiré todo, de Clodoveo a Robespierre...” Sus sucesores, menos grandiosos, se contentan con proclamar, en las barbas de su electorado partidario, querer “ser el Presidente de todos los Franceses”. El guardarropa debe estar provisto en proporción a la amplitud de los consensos.

¿Máscaras, luego hipocresía? ¡Claro que no! Simple necesidad de la “apertura” hacia las diversas orientaciones constitutivas del imaginario. Asimismo, no se puede reprochar a un personaje político, un Presidente, por ejemplo, de ofrecer “siete caras” —la sobrecubierta del libro de Catherine Nay muestra explícitamente que son “máscaras”— pero que no tienen ninguna necesidad, contrariamente a lo que escribe el autor de ese agradable libro, de un septenio para mostrarse: desde su nacimiento político, es decir, su acceso a los asuntos y no los extravíos políticos y mediáticos rápidamente olvidados de antes del 10 de mayo de 1981, François Mitterrand portaba los genes de la imagen de León Blum, de

³ Lugar de Borgoña, Francia, donde en 1869 se encontraron vestigios de la cultura del paleolítico reciente. *N. del T.*

Chautemps, de de Gaulle, de Reagan o de Pétain. Estos últimos portaban asimismo los genes de Maquiavelo, de Juana de Arco, de Richelieu, de Lincoln o del Sr. Thiers. Por la sencilla razón de que esas imágenes tipo son los genes constitutivos de todo poder político. Se podría incluso preguntar si en el guardarropa presidencial no debería haber la djellaba⁴ de Harlem Désir y los ropajes de batalla de Le Pen: “cuatachos” más electores del Frente Nacional representando la quinta parte de los habitantes del hexágono. Después de todo de 1940 a 1945 muchos franceses soñaban con la secreta colusión de la Francisca y de la Cruz de Lorena...⁵

Sin embargo, la apertura imaginaria consiste en no integrarlo todo: la “Polis” es también un “Universo Contrario”. No solamente se trata del idílico regazo, también consiste en murallas, catapultas, arsenales o “Ráfagas”. Al lado de la imagen de bondad del Presidente (del Mariscal, General, Canciller del Reich, etcétera) acariciando la mejilla de un niño, las imágenes heroicas se imponen. Siempre es necesario una línea azul de los Vosgos en el azul del horizonte. Es necesario también (y no exclusivamente como en el sistema de René Girard) un chivo expiatorio que cargue con las culpas de las torpezas, de los resentimientos, de los odios. Ya se sabe cómo Hitler hizo delirar a Alemania y a toda Europa con la pesadilla del “Judío Süß” bien pronto desplazado por la plutocracia del Tío Sam y del vampirismo de la Armada Roja.

Lo que hay de fastidioso en Francia en estos momentos, es que para la mitad el imaginario heroico se moviliza ya sea contra la “sangre impura” imputada a los árabes, ya sea contra los “feroces soldados” neo-nazis atribuidos al Frente Nacional. Cuántos pequeños “Protocolos de los Sabios de Sión” a la sálvese quien pueda proclamando con rabia aquí contra la “delincuencia”, la “pereza”, la “suciedad” (etcétera) de los magrebinos, allá contra los “pormenores”, el “sidaïque”⁶ y otros “brutaldehyornocre-

⁴ Vestimenta árabe usada por las mujeres y los hombres de África del Norte. *N. del T.*

⁵ La Francisca es el hacha de guerra entre los francos. La Cruz de Lorena se convirtió en un emblema de la Francia Libre durante la Segunda Guerra Mundial y se asoció a los partidarios del General De Gaulle. *N. del T.*

⁶ Término de difícil traducción al español. *N. del T.*

matorio” de Le Pen... Se vuelve curioso entonces el poderío napoleónico de un imaginario político que llevaría a marchar concertadamente a esos diversos “*enfants de la patrie*”. Lo esencial es no recurrir jamás a una “solución final” primero porque esta última no ha tenido éxito, afortunadamente, jamás, luego porque no es sobre todo necesario hacer caer bajo la fuerza de largos cuchillos al “chivo expiatorio”. Este último debe estar siempre vivo. Sabiduría de sufragios electorales “de la proporcional” ¡que testifiquen y legitimen las existencias pero neutralicen las virulencias!

Cierto, el sueño de la reconciliación francesa está sin duda amenazado por las provocaciones bárbaras, las bombas, los atentados que sirven a esas xenofobias híbridas con fines muy precisamente “extranjeros”. O sobre todo la amenaza que pesa sin cesar sobre ese “consenso más grande” donde la imagen del “Padre de la Patria” depende de la difusión, de la presentación informativa, del “*scoop*” incendiario...

Llegamos así al tercer tramo del imaginario político: no solamente el rey nunca va desnudo, no solamente posee un guardarropa de Fregoli, sino todavía más: está disfrazado por el medium ineluctable por el cual alcanza —y “mira a los ojos”— al pueblo profundo cada vez más analfabeta. En última instancia los actuantes de lo político son esos maquillistas dorados (que se adquieren a precio de oro) que presentan el monarca a su pueblo bajo la *Sedia gestatoria*⁷ de la pantalla chica. No solamente se disfraza materialmente a los augustos rostros, sino que incluso peluqueros superiores y habilidosos encargados de seducción deciden acerca del “*look*”... El “*style* —¡de la entrevista!— es el hombre”. Pero sobre todo el poder profundo, secreto (he ahí el ensueño del complot, Conde de Monte Cristo o Sótanos del Vaticano) pertenece a aquellos —con frecuencia agrupados en “redes” de complicidades diversas— que hacen la “primera plana” de la información. Desde luego el peligro es menor cuando sirven de “tendencia a la alza” al gentil Mourousi, a la encantadora Anne Sinclair, incluso al directo Elkabbach (“Calle usted...”) o a la reina (¡hombre!, ¿por qué la reina? ¿Simple juego de palabras sueco?) Cristina o a

⁷ Silla donde se transporta al Papa durante ciertas ceremonias. *N. del T.*

esos grandes mitificadores y fabulistas como son Collaro y Roucas. Pero ¿no se puede soñar que por una vez la ambición política suceda al simple exhibicionismo mediático o al vil afán de lucro? ¿Que una redecilla, una camarilla de maquillistas decida de pronto encubrir una verdad política en su beneficio? Nada prohíbe “imaginar” que una tal maquinación está ya en marcha y que en las verdades “disfrazadas” que se nos muestran, en el suave lavado de cerebro donde el detergente *X* y el dentrífico *Y* conviven con un *flash* sobre el Primer Ministro, La Señora Allende o los estudiantes de Seúl, es el maquillaje lo esencial y quien poco a poco configura el sentido del maquillado. ¡Qué buen tema para una novela de “política ficción”! Pero toda política ¿no es de por sí ficción sociológica? No solamente “la imaginación al poder” como lo exigían cándidamente los colegiales sin imaginación, sino más aún “el poder es imaginar...” Quien es señor de las imágenes, de su difusión, es finalmente dueño de la ciudad. ¡Vamos! ¡Ya me detengo, pues veo que comienzo a escribir “Protocolos de los Sabios del Audiovisual”!